

El *cinocéfalo hamas dryas*, que se halla en las montañas de la Abisinia y de la Nubia meridional, en puntos poblados de vegetación y donde abunda el agua, se caza también con perros.

El *mandril*, que William Smith menciona al describir los animales de Sierra Leona, y que sin duda es el *oso perro*, de que habla Topfel, se halla en la Guinea, y, sobre todo, en la Costa de Oro, donde vive reunido en bandadas en los bosques montañosos, refugiándose, unas veces en las rocas y otras en los árboles.

Razón tiene un sabio viajero y naturalista cuando menciona el contraste que ofrecen las faunas de las zonas cálidas del Antiguo y del Nuevo Mundo.

El sol, el clima, la luz, el aire, la vegetación, ofrecen notas características.

Los monos del Nuevo Mundo ó sea los *platirrinos*, son más perezosos, más inofensivos, más torpes y menos inteligentes que los del añejo continente. Su pelaje es menos bello que el de los monos del Asia y África.

Los *platirrinos* habitan la América del Sud. El mar de las Antillas forma el límite occidental de su círculo de dispersión. Las hermosas islas bañadas por aquel mar, en su mayor parte no albergan aquellos simios. El país donde moran se halla, al oeste, limitado por la cadena de los Andes, al este por el mar Atlántico, y al sud por el 25° de latitud.

Todos los monos del Nuevo Mundo se refugian en los árboles y con preferencia en las selvas vírgenes. Rara vez saltan al suelo, y sólo forzados por la necesidad, como para beber.

Aquellos monos hallan en los árboles todo lo que necesitan para su alimento: vegetales, insectos, huevos de pájaros, miel, etc., etc.

La mayor parte de los *platirrinos* son diurnos, y son muy vivos y ágiles, sirviéndose á maravilla de la cola.

Los indígenas le cazan con verdadera pasión, ocasionando hecatombes de centenares de víctimas. Se sirven del arco, ó bien de la *sarbacana*, con pequeñas

flechas, impregnadas de un veneno mortal llamado *curare*.

Goudot, que vivió durante diez años en el Brasil, afirma que el *curare* es preparado por algunas tribus que habitan los confines extremos situados á orillas del Orinoco, Río Negro y de las Amazonas. «La manera de prepararlo,—añade,—varía según las tribus, siendo reputado como el más violento y activo el de las tribus del Brasil.»

Según Bernard, los indios emplean, para la caza de los monos, flechas con dardo móvil, ó bien otros con punta de hierro.

Las pequeñas flechas empleadas para el uso de la *sarbacana*, lanzadas á una altura de 33 metros, matan de un modo seguro, por poco que perforen la piel.

Un mono atravesado procura arrancarse el mortífero dardo, pero la incisión queda y el veneno obra.

Los indios aprisionan también en la *sarbacana* á los monos. Cuando los araucanos,—dice Schomburgk,—quieren coger á un mono, emplean dardos impregnados de *curare* ligero, y que sólo llega á aturdir al mono.

Existen en este grupo los monos *aulladores*, cuya voz es estentórea y habitan casi todos las regiones tropicales.

Se les encuentra en los sitios donde hay grupos de árboles y agua. Existen monos *aulladores* negros, que habitan en el Paraguay y parte meridional del Brasil. Alejandro Humboldt afirma que, de todos los cuadrumanos que moran en la zona tórrida, el *araguato de Caracas*, es el más numeroso.

Azara compara la voz de los *aulladores* al crujido de muchas carretas faltas de grasa en las ruedas.

En gran parte del Paraguay los *aulladores* son objeto de una caza activa. Pero no es tarea fácil matar aquellos monos, por más que sus gritos revelan su presencia, pues trepan á la cima de gigantescos árboles; y es necesario, para matarles, un fusil de alcance y muy bien cargado. El mono herido permanece muchas veces, durante horas enteras, agarrado á las ramas.

Nuestras armas de fuego no pueden rivalizar con la temible flecha de los indios y de los pieles rojas.



CAPÍTULO XVII

LA CAZA DE LA JIRAFÁ, CEBRA Y CABALLO SALVAJE

I

EN el año 1870 me hallaba en el Congo. En aquella región abundan las estepas ó llanuras elevadas y peñascosas, suerte de desiertos de piedras.

Las comarcas visitadas por Stanley, regadas por el río Congo, ofrecen, en cambio, rica y variada vegetación.

Abundan los *mesembayantemos*, las yerbas pratenses, acacias variadas con ramas cuadradas y carnosas sin hojas, muchedumbre de proteáceas con flor, que forman un monte bajo de plantas y arbustos, sin que se le pueda llamar verdadero bosque. Pero semejante vegetación no es continua, porque tras el período de las lluvias todos los sitios elevados se truecan en áridos y tristes desiertos, y sólo persiste en los cauces de los ríos, entonces secos, bastando, no obstante, para el sustento de las grandes piaras de solípedos. Allí me dirigí en compañía de Dick y dos indígenas.

Tras larga exploración, en que sucesivamente habíamos cazado elefantes, panteras y leones, habíamos resuelto no regresar sin cazar algunas jirafas y cebras.

Dick es un excelente compañero, valeroso, pero que ama tanto la libertad como aborrece los libros; de suerte que lee en las selvas y los montes las sublimes páginas de la naturaleza, pero ignora lo que han escrito y observado los sabios naturalistas.

—Amigo Dick,—le dije una mañana, poniéndole la mano sobre el hombro;—¿conocéis las jirafas?

—Ya sabéis,—contestó, sonriendo,—que no presumo ni hago alarde de sabio: conozco á la jirafa bajo su aspecto extraño y cómico, pero no he asistido á ninguna de sus monterías. Os agradeceré,—añadió Dick,—que me ilustréis acerca de nuestras futuras víctimas.

—Pongo, pues, el paño en el púlpito,—dije yo,—y empiezo:

Los viejos anales nos presentan á la jirafa causando asombro, en los circoos romanos, en las grandes fiestas que dieron al pueblo los emperadores.

En tiempo de Amurates, en los años 1574, sirvió de solaz y entretenimiento al pueblo de Constantinopla la vista de algunas hermosas jirafas.

Después de haber sido ignorada durante muchos siglos en Europa, fué introducida la jirafa en Florencia por Lorenzo de Médicis. La primera que apareció en Inglaterra fué regalada por el bajá de Egipto á Jorge IV, en 1828; pero no pudo aclimatarse, y murió al año siguiente.

El 24 de mayo de 1836 fueron expuestas cuatro jirafas en el jardín zoológico de Regent's Park. Habían sido traídas del sudoeste de Kerdoan y trasportadas á Londres, pagándose por ellas 2,836 libras esterlinas, (269,420 reales).

Los naturalistas han apellidado á la jirafa, *cameleopardales*; pero su verdadero nombre parece ser *serafa*: á lo menos, en los jeroglíficos, la sílaba *ser* significa grande, sublime, y quizás la hebrea *serafin* tenga algo de común con ello, porque indica también un ángel

superior. Al desenvolvimiento de su índole afable ha de contribuir, sin duda, su vida social, que es, según dicen, muy íntima, sin sufrir desorden ni perturbación alguna grave en la época del celo. No forman grandes piaras. En los países habitados, en donde son muy perseguidas, se juntan de seis á ocho, y en los desiertos llegan, á lo más, á diez y seis. Los movimientos de la jirafa parecen torpes y hasta cómicos, empleando su cuello á modo de balancín, pero no lentos, porque sus pasos son muy largos.

Á primera vista parecen las dos piernas de delante de la jirafa dos veces mayores que las de atrás, pero no es así: la diferencia es causada por la grande altura de los hombros comparados con la grupa. La cabeza es muy pequeña á proporción del resto del cuerpo, y está sostenida por un cuello de cerca de 6 pies de longitud y afecta una forma cónica hácia la corona. La altura del animal, medido desde la grupa á los cascos de detrás, excede raramente de 7 á 8 pies.

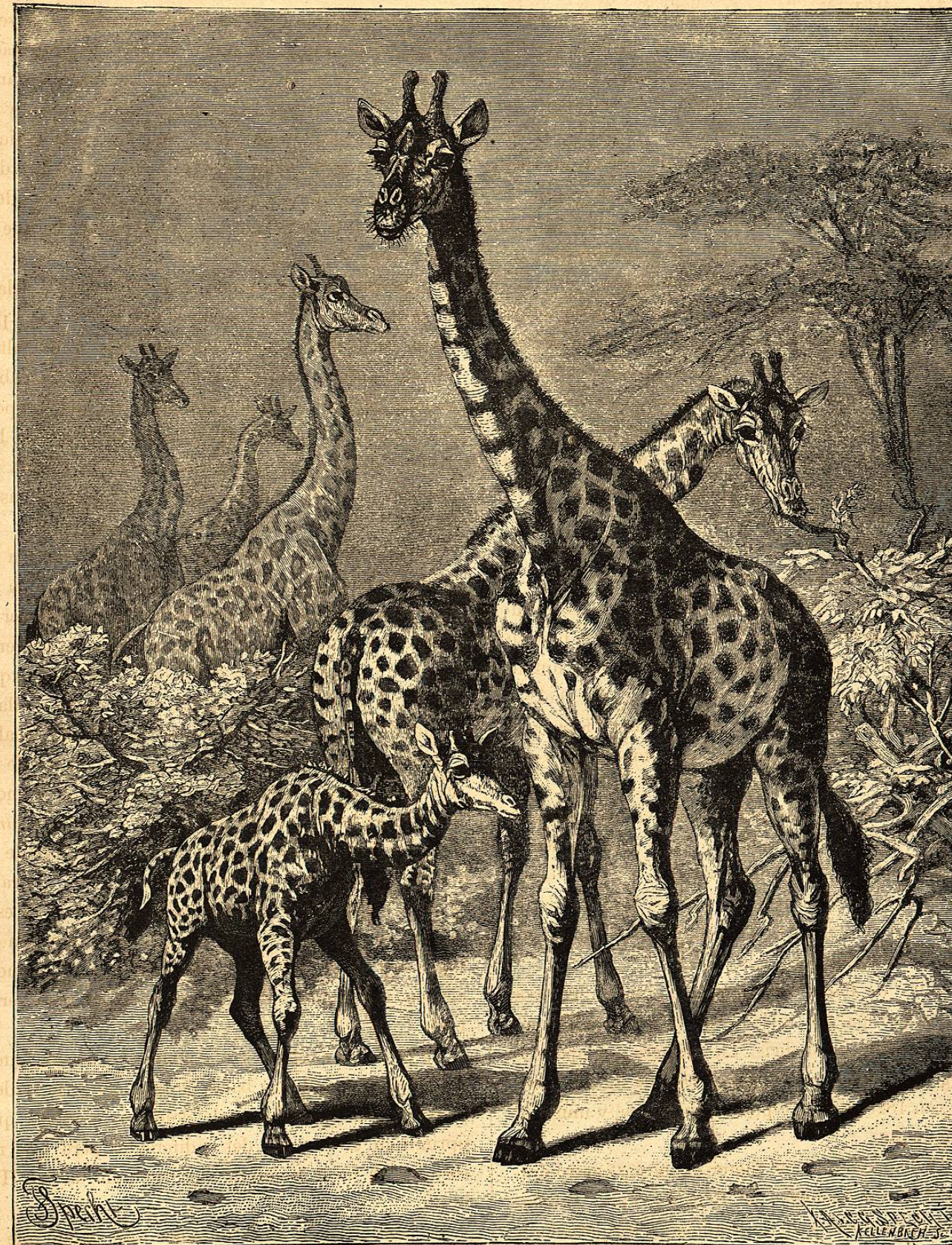
Los ojos de la jirafa ó cameleopardo son de una belleza notable; más dulces y rasgados que los de la gacela, están colocados de tal suerte que puede ver en todas direcciones sin que tenga precisión de volver la cabeza. Los sentidos de la jirafa son en extremo exquisitos, por lo cual es muy difícil aproximarse á ella, á menos de ir montado sobre un rápido y brioso caballo.

La jirafa se alimenta de las hojas y las flores de un árbol que semeja una sombrilla, especie de mimosa llamada *mokaala* por los indígenas africanos y *camel thorn* por los colonos del Cabo. La jirafa se sirve de su lengua como el elefante de su trompa, y su altura le permite coger las hojas del *mokaala*. La piel de este animal, muy gruesa, tiene á veces pulgada y media de espesor, y es tan difícil de atravesar que con frecuencia son necesarias veinte ó treinta balas para derribarle.

La jirafa no chilla ni gruñe cuando es herida; muda y silenciosa cuando las balas de su enemigo la rinden y avasallan, espira lanzando dolorosas miradas que oprimirían el corazón del indiferente, pero que no sosiegan el furor venatorio del discípulo de San Huberto.

La hembra suele tener un color más pálido que el macho y menos estatura.

El cameleopardo no puede defenderse más que á coces, pero se sirve de sus cascos como el caballo, con rara habilidad. Como puede ver detrás de sí merced á la conformación de sus ojos, esta circunstancia le permite dirigir bien sus golpes; sin embargo, es el más pacífico de los animales.



Piara de jirafas en el Congo

—Bravo maestro,—dijo Dick, sonriendo;—heme ya perfectamente reseñado sobre la naturaleza de la jirafa, pero ignoro su distribución geográfica.

—La jirafa,—contesté,—mora hoy en el África cen-

tral y meridional, entre el 17° de latitud norte y el 24° de latitud sur; es decir: desde los límites inferiores del Sahara hasta las orillas del río Orange.

La jirafa necesita abundosa vegetación; de suerte